

Cien años de Andrés Henestrosa

El hombre que dispersó su sombra

Adolfo Castañón

A Francisco Toledo



El 30 de noviembre de 1906, hace cien años, nació en Ixhuatán, Oaxaca, el escritor zapoteco Andrés Henestrosa, una de las figuras más destacadas de la cultura mexicana. Poeta, narrador, periodista, ensayista, miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua, Henestrosa es un monumento viviente de nuestra cultura. Con este ensayo, Adolfo Castañón celebra con todos nosotros el centenario de este mexicano ejemplar.

I

PRELUDIO

Antes de 1913, fecha en que se inaugura el Canal de Panamá, la zona del Istmo de Tehuantepec, con el puerto de Salina Cruz abriéndose hacia el Océano Pacífico, era un verdadero corredor donde se cruzaba gente de toda raza y ralea: indígenas chiapanecos, mexicanos de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, europeos —franceses, británicos, daneses, alemanes— de todas las latitudes, centroamericanos y norteamericanos, asiáticos y aun africanos. Era y es el Istmo como la otra cara de la moneda del Caribe, una suerte de

anchuroso y feroz corredor selvático donde se van combinando las siete sangres de la raza americana. Ese paisaje cosmopolita a su vez se compagina con una profunda identidad cultural de la región que llega a asumirse como una nación singular y eventualmente prometida a la autonomía y a la soberanía. Del Tratado McLane Ocampo de mediados del siglo XIX, a las reflexiones de los generales Lázaro Cárdenas y Joaquín Amaro,¹ “acerca de nuestra situación frente a la guerra

¹ Luis Garfias Magaña, “El general Joaquín Amaro, el Istmo de Tehuantepec y la soberanía nacional” en *Boletín*, número 38, coedición del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, y la Secretaría de Educación Pública, México, DF, septiembre-diciembre de 2001, 32 pp.



© Archivo de Cibeles Henestrosa

Alfa Ríos de Henestrosa



© Archivo de Cibeles Henestrosa

Andrés Henestrosa

actual” en los años cuarenta del siglo XX, el Istmo de Tehuantepec ha sido como un nervio sensible del cuerpo nacional mexicano. Un fruto sensitivo de ese árbol legendario es el escritor, ondulante y diverso, Andrés Henestrosa.

II

Nace Andrés Henestrosa en el pueblo de San Francisco Ixhuatán en el Istmo de Tehuantepec, en el seno de una familia donde conviven las tres sangres substantivas de México: la india, la blanca, la negra, además de la huave y la filipina. El año de su nacimiento es el de 1906, el mes noviembre, el día 30, al mediodía. “Soy un grito: el grito de Martina Henestrosa al darme a luz repentinamente”, dice Andrés en las primeras líneas de su autobiografía inédita.² Nació a mediodía, a la hora en que, según algunos, vienen al mundo los locos. Al parecer, tenía prisa por ser alumbrado. Su madre lo parió en menos de diez minutos, mientras su padre iba por la comadrona que llegó cuando ya había concluido el trabajo y le había cortado al recién nacido el ombligo con la mano del metate.

Cuando Andrés tiene cinco años, a fines de 1911, Martina, Tina Man, su madre ya viuda de un Arnulfo Morales precozmente fallecido, lleva a la familia al rancho que se encuentra entre Ixhuatán y el mar. Vive ahí, en descalza libertad, una infancia feliz y salvaje. Más de un lustro de contacto con los imanes del edén.

El vasto horizonte, los arroyos, el río Ostuta, la vegetación, los rebaños de ganado cebú rumiando a la

orilla del mar, los delfines (hay un esqueleto de cetáceo en la Casa de la Cultura que hoy lleva el nombre del escritor en su pueblo natal), los flamboyanes y los flamingsos tejen en la memoria nativa del niño una serena malla encantada de la que beberá fuerza y aliento. Ahí pasarán los seis hermanos y la madre seis años encerrados y cuidándose como podían de los rebeldes y de los saqueadores, tiempo en que el niño Andrés bebe a grandes sorbos el agua pura de la memoria popular y la todavía más prístina del olvido en la naturaleza.

En 1918, a los doce años, una gitana o húngara —como les dicen allá— le dijo que viviría catorce veces seis años. También le pronosticó que se iría de aquel pueblo a otro que estaba muy lejos, más allá de las montañas y de los mares. Le pronosticó que cambiaría de ropa y se pondría zapatos, corbata y sombrero, que llevaría libros bajo el brazo, que aprendería otro idioma y que sería famoso.

Tres eran las húngaras, la madre y las dos hijas. Las enaguas floreadas y hamponas; aretes, collares, anillos, pulseras de oro doble u oro hechizo. Una era la mera preciosa de Cervantes. Las miro ganar la calle hablando una lengua ajena (A. H., *Divagario*, p. 241).

Su madre es presencia decisiva. De esta india blanca (circunstancia común en el Istmo de Tehuantepec, sembrado de descendientes de desertores y de filibusteros europeos) aprende la lengua materna —el zapoteco—, junto con las tradiciones y leyendas indígenas. Henestrosa está emparentado con una familia de prosapia política y literaria: los Pineda, cuya figura más conocida es el político liberal Rosendo Pineda (1855-1914), hombre de las confianzas del General Porfirio Díaz. Andrés ha referido —no sin cierta coquetería— que el apellido Henestrosa lo llevaron el Marqués de Santillana y los dos Garcilasos. La abuela materna no era tan

² Citada por Adán Cruz Bencomo, *Henestrosa. Nombre y renombre*, editorial Diana, México, 2001, p. 22. Muchos de los datos que informan este texto provienen de ese libro y, por supuesto, de los textos del propio Andrés Henestrosa y de los de su hija Cibeles Henestrosa Ríos de Webster.

pobre si podía vender en una sola operación mil reses de un mismo color. De esos años felices, retendrá trozos de poemas y aires fragmentarios de canciones que luego recordará el niño vivaz, travieso y pendenciero.

Andrés Henestrosa llega a la Ciudad de México el 28 de diciembre de 1922 a buscar a José Vasconcelos Calderón (1881-1959), entonces secretario de Educación Pública durante la presidencia de Álvaro Obregón, para pedirle —asistido por un intérprete que le traduce del zapoteco al español— una beca. Sale de esa oficina con una inscripción extemporánea en la Escuela Nacional de Maestros y con los brazos cargados de los célebres clásicos verdes que auspició Vasconcelos —otro oaxaqueño como él, como Juárez, Díaz, Flores Magón; otro descendiente indígena como Morelos, Ramírez y Altamirano. Aunque Andrés puede descifrar el español escrito, no lo domina. Su madre le ha leído allá en el pueblo a Juan de Dios Peza, a Juan A. Mateos, a Amado Nervo y a Gustavo Adolfo Bécquer, además de haberle referido muchas de las historias que él recreará en el breve libro milagroso que publicará unos años más tarde: *Los hombres que dispersó la danza* (1929). (Es menos sabido que en 1911 el niño que fue Andrés viajó a la Ciudad de México a los cinco años, en compañía de su abuela, para hacerse un tratamiento de inyecciones contra la rabia pues lo había mordido un perro enfermo. Como dato asombroso consta que la abuela no sabía español ni sabía leer ni escribir, y que el niño, aunque no dominaba el castellano, ya descifraba precozmente los signos del alfabeto y pudo orientarse como un cachorro de coyote en la ciudad.) En ese infausto 1911 se encontrarán la abuela y el nieto en la ciudad con su doliente padre, Arnulfo Morales, quien poco después morirá en Juchitán.

Más tarde, en Juchitán, el niño Henestrosa trabaja en un establecimiento cuyo patrón —Juvencio Arenas— le tenía ordenado dar una copa de mezcal todo los días a una anciana analfabeta de cien años llamada Tona Tà'ti, Petrona Esteva, quien —con Juana la Cata— había sido una de las dos mujeres oaxaqueñas de Porfirio Díaz.

Al joven Andrés todo le interesa y llama: la vida secreta de las plantas, las historias de amor entre las flores, la fábula de las abejas, la saga del conejo y del coyote, el poema de la piedra y de la luz, las historias y sucesos que cuentan los ancianos en la penumbra, la carrera a galope tendido y a pelo sobre un caballo por la playa, a las orillas del mar.

III

Al llegar a la Ciudad de México, la mañana del domingo 28 de diciembre de 1922, día de los Santos Inocen-

tes, el cándido Andrés Henestrosa trae en los oídos el rumor de la revolución y el zumbido de las promesas vasconcelistas. No es el único niño indígena que anda en la Ciudad de México por aquel entonces. El gobierno del General Álvaro Obregón acaba de abrir un albergue para estudiantes indígenas en la ciudad.

Los primeros tiempos del joven y angélico Andrés en la Ciudad de México son de aventura y azar, encuentros y lecturas afortunadas. Inicia e interrumpe sus estudios en la Escuela Nacional de Maestros, en la Preparatoria y luego prosigue en la Universidad estudiando leyes y letras. Lleva una vida azarosa y sin cálculo, atenta a la cacería del instante, a veces sin tener qué comer, a veces sin saber dónde dormirá al día siguiente hasta que lo adoptan como protegido genial, primero, el pintor Manuel Rodríguez Lozano (1895-1971) y luego Antonieta Rivas Mercado (1900-1931), quien decide darle una formación literaria y lo lleva a vivir a su casa para traducirle noche a noche y de viva voz obras del inglés, del francés y del italiano. Por azar, gracias a Rodríguez Lozano, se hace de los libros con que Pedro Henríquez Ureña preparó su *Antología de la versificación rítmica*. Estas lecturas selectas lo ayudan a consolidar su dominio soberano del castellano. Vive en casa de Antonieta meses decisivos, desde fines de 1927 hasta febrero de 1929.³ De ahí sale para encontrarse con el candidato a la presidencia José Vasconcelos, de cuyo estado mayor forma parte, junto con Mauricio y Vicente Magdaleno, Alejandro Gómez Arias y Adolfo López Mateos, entre otros. En todos estos episodios, Andrés se mantiene a flote gracias a la vivacidad de su ingenio y a su lengua afilada y certera que no perdona jerarquías ni apariencias y lo mantiene en vilo como un ángel, divirtiéndolo y divirtiéndose.

También lo mantiene a flote su alegría contagiosa, su gusto por vivir y convivir en fiestas y convivios de los cuales suele ser el alma musical en virtud de su asombrosa memoria de trovador que sabe recordar canciones como *Sherezada sabía cuentos*.

Siete años después de llegar a México con sus pertenencias metidas en una funda de almohada y veinte pesos en el bolsillo, en 1929, Henestrosa publica el libro legendario *Los hombres que dispersó la danza*. Pasa al estado escrito la obra en que da su versión del ciclo legendario zapoteco: *Binigulaza* —una suerte de *Popol Vuh* de los indios de Oaxaca— a instancias de su maestro Antonio Caso. Muchos de los textos los dicta o escribe en casa de Antonieta Rivas Mercado, quien antes de irse encuentra la forma de pagar la edición. El libro tiene su fortuna. De Bernardo Ortiz de Montellano a Luis Cardoza y Aragón se corre la voz de la existencia de una obra milagrosa. Se funden en su fragua

³ Adán Cruz B., *op. cit.*, p. 58.

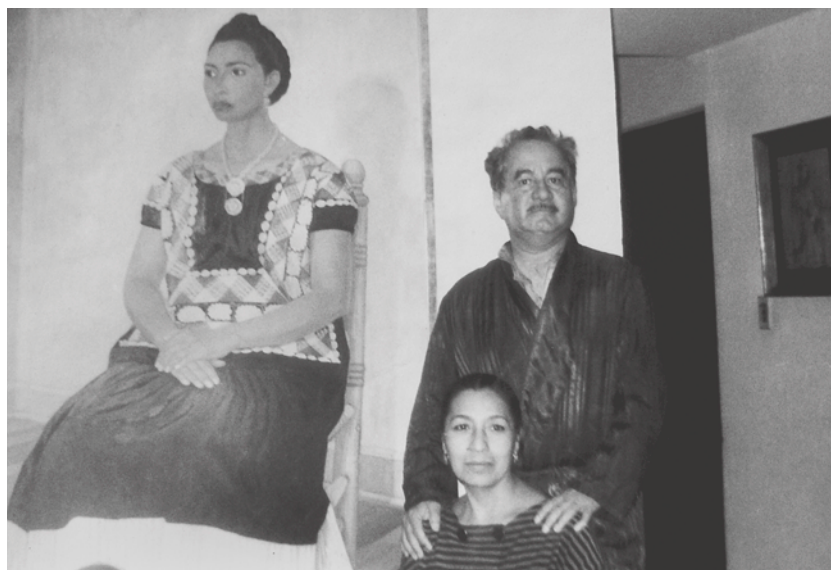
una sintaxis serpenteante en un léxico sencillo y luminoso y una entonación nítida y aérea que dan vida a unas siluetas de fábula —flores, piedras, animales— como si las tierras de Oaxaca hubieran sido propicias para que renaciera en ellas Esopo o La Fontaine. A muchos —por ejemplo a Octavio Paz— “había encantado su pequeño libro, *Los hombres que dispersó la danza*, Colección de Leyendas Zapotecas” (O. Paz en: A. Henestrosa, *Retrato de mi madre*, p. 11). La obra se inscribe en la línea de evocaciones indígenas como pueden ser *La tierra del faisán y del venado* (1922) de Antonio Mediz Bolio, *Canek* (1940) de Ermilo Abreu Gómez o, más tarde en las vastas latitudes americanas, las obras de José María Arguedas o *Leyendas de Guatemala* (1930) de Miguel Ángel Asturias, y en sus páginas alienta un aire fresco como venido de Oriente (“donde gusta hacer nido la alegre bondad de los cuentos”, como escribiría Agustín Yáñez).

También cabe apuntar que el propio Abreu Gómez caracterizó así el estilo de Henestrosa:

Del arte de escribir de Andrés no hay qué decir sino que lo domina con instinto primitivo. Su lenguaje es pobre, más lleno de savia y de sabor. Escribe en *lengua*; quiere decirse con más recursos hablados que escritos. Su sintaxis es irregular; sus frases, a veces, se telescopian, como buscando calor para no salir solas y perderse. Los adjetivos son escasos y los diminutivos no existen. Tiene el sentido de las proporciones y del equilibrio. Escribe cuando le da la gana y lo hace con trabajo, como venciendo repugnancias interiores. Es que piensa y siente en indio. El concepto y la imagen se le presentan en zapoteca. Tiene que luchar por traducirse a sí mismo. De la síntesis de su lenguaje interior tiene que ir al análisis de su lenguaje exterior. En este tránsito sufre. Los ojos se le hacen más chiquitos, balbucea alguna palabra juchiteca y empieza a llenar cuartillas. Cuando ha terminado de poner en el papel lo que quiere, viene la tarea terrible del artista inconforme que anhela arreglar las palabras con gusto y disposición. Su tenacidad vence las dificultades. La emoción no se evapora, antes queda presa en las páginas que compone.⁴

Por aquella época, los poetas y escritores surrealistas como Benjamin Péret, Blaise Cendrars, Antonin Artaud y Michel Leiris supieron interesarse en las tradiciones y leyendas de los pueblos indígenas de América y África. Por su parte, el alemán Leo Frobenius (1873-1938) publicó en la serie de leyendas de la *Revis-*

⁴ Ermilo Abreu Gómez, *Sala de retratos. Intelectuales y artistas de mi época*. Con notas cronológicas y bibliográficas de Jesús Zavala y dos retratos del autor por Octavio G. Barreda y Juan Rejano, Editorial Leyenda, S.A., México, 19 de septiembre de 1946, pp. 130-132.



Andrés Henestrosa y Alfa Ríos de Henestrosa

ta de Occidente un *Decamerón negro* en el que Andrés Henestrosa dice haberse inspirado. Otros autores entre los que cabe alinear *Los hombres que dispersó la danza* son Francisco Rojas González y Ricardo Pozas, quienes en *La negra Angustias* (1944) y *El diosero* (1952) buscan expresar la mentalidad indígena mexicana. Henestrosa ha expresado alguna vez que la lectura de los primeros libros de Rabindranath Tagore, como los titulados *La luna nueva* (1913) y *Los cuentos de las piedras hambrientas* (1916) dejaron alguna huella en la escritura de *Los hombres que dispersó la danza*. Pero si había una atmósfera propicia para la lectura y escritura de leyendas en la literatura mundial, también hay que decir que Andrés Henestrosa se viene a inscribir en una tradición nacional de literatura indígena en el Istmo —como advierte el pintor Francisco Toledo—, a la que pocos años después él mismo sabrá dar voz a través de las revistas *Neza* y *Didza*. Uno de los escritores cercanos a ese proyecto es Gabriel López Chiñas quien, tiempo después, editará *El zapoteco y la literatura zapoteca del Istmo de Tehuantepec* (1982).

IV

Cuando Henestrosa publica en 1929 *Los hombres que dispersó la danza*, la Ciudad de México es todavía relativamente pequeña y apenas tiene un millón de habitantes. Hace siete años que Andrés ha llegado a México. Ha dejado de ser un desconocido, y el pintor Manuel Rodríguez Lozano y la escritora Antonieta Rivas Mercado lo adoptan y lo hacen entrar en su mundo como hermano menor, amigo y cómplice. Vive en casa de Antonieta durante varios meses y ahí conoce a Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Celestino Gorostiza, Julio Castellanos, Julio

Jiménez Rueda, entre otros. Antonieta Rivas Mercado le traduce en voz alta al niño fáustico que fue Andrés Henestrosa obras de André Gide, James Joyce y otros contemporáneos.

1929 es también el año en que se inicia la campaña de José Vasconcelos en busca de la presidencia de la República. Es un momento decisivo para muchos mexicanos que ven renacer en Vasconcelos las ilusiones que casi veinte años antes despertara Francisco I. Madero. Pero sobre todo será momento clave para quienes, como Andrés Henestrosa y Herminio Ahumada, formaban parte del Estado mayor del candidato a la presidencia. Pero José Vasconcelos, como se sabe, pierde y tiene que ir al destierro durante más de diez años (1929-1940), y sus amigos y seguidores deben buscar trabajo donde lo haya. Henestrosa tiene una lengua afilada que le abre el mundo y le granjea simpatías, pero también enemistades. Del Presidente Pascual Ortiz Rubio dice que es un hombre tan calculador que hasta la tibia la tiene fría. Y a un Carlos Chávez que se enojó porque al concluir un concierto alguien le gritó “¡Beethoven!” por su parecido con el músico alemán, le comentó: ¿Qué hubiera pensado Beethoven si alguien le grita: ‘¡Chávez!’?, según consignó Alfonso Reyes en su *Anecdótico*.

V

El jueves 18 de julio de 1936 —el mismo día en que cae la República en España— Andrés Henestrosa, becado por la Fundación Guggenheim, sale de México a los Estados Unidos donde lo acoge Antonio G. Solalinde y conoce al antropólogo Franz Blom, a quien volverá a ver en México para presentarlo con Gertrude, mujer de Franz toda la vida. En 1938, Alfonso Reyes se lo encuentra en Nueva York con Federico de Onís, Eugenio Florit y Jorge Mañach. Por entonces, Andrés Henestrosa es conocido por una pasión: los libros que

compra, carga, lee, presta y toma prestados y escribe. Bécquer, Azorín, Unamuno, Antonio Machado, Pío Baroja son algunos de los autores españoles que devora y, entre los hispanoamericanos, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, Juan Montalvo, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, para no hablar de su adicción a las rarezas de la bibliografía mexicana y simile-mexicana ni de sus admirados amigos José Bergamín o Pablo Neruda. Ambos, pero sobre todo el chileno, quedarán fascinados por la memoria voraz de Henestrosa quien, al conocer al autor de *Crepusculario*, lo sorprendió recitándole de corrido los “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”. Esa memoria adhesiva selló para siempre su amistad. Al igual que otros mexicanos de la época, como Daniel Cosío Villegas o Manuel Gómez Morín, o los escritores de la llamada generación de 1915, Andrés Henestrosa está, por así decir, cautivado por una época y por sus hombres: la de la Reforma y la Intervención, época iluminada por figuras como la de Benito Juárez, Ignacio Manuel Altamirano e Ignacio Ramírez, con quienes Andrés Henestrosa siente la afinidad de la sangre mestiza e indígena y comparte, al menos con los dos primeros, el hecho de haber aprendido tardíamente el español. Esa admiración lo llevará más tarde a hacerse amigo del historiador norteamericano de ascendencia alemana Ralph Roeder (1890-1969) —autor de una biografía monumental de Benito Juárez (1947), traducida al español por él mismo, y antes de *El hombre del Renacimiento* (1933)— y de su esposa Fanny. Más acá, cabe decir que Andrés Henestrosa es un escritor liberal del siglo XIX extraviado en el siglo XX, como lo fueron en cierto modo Daniel Cosío Villegas o el investigador Boris Rozen, admirable editor de las obras completas de Altamirano, Ramírez y Payno.

VI

Andrés Henestrosa practicará, por así decirlo, el indigenismo en primera y segunda personas. Con esa mirada y con un vivaz sentido histórico leerá a los cronistas de la Conquista y de la Colonia: a Bernal Díaz del Castillo y a Bernardino de Sahagún y también, por supuesto, a los cronistas de Oaxaca como Francisco de Burgoa y Juan de Córdoba. Entre 1935 y 1937 funda y dirige la revista de cultura zapoteca *Neza*, síntoma de que su proyecto literario no está aislado y de que Henestrosa pertenece a un conjunto de escritores desvelados por el porvenir de la literatura nacional del Istmo. Sale a los Estados Unidos el mismo día en que estalla la Guerra Civil en España. En California lo recibe el ya mencionado filólogo español Antonio G. Solalinde (uno de los amigos de Alfonso Reyes), quien en



© Archivo de Ciberia Henestrosa

su casa sigue la Guerra Civil marcando sobre un mapa pegado en la pared la evolución del conflicto a través de las tachuelas rojas que señalan al Ejército Republicano. Dos años después, de regreso en México, se cruza con un Octavio Paz de veinticuatro años, quien le pide una colaboración para el número inicial de la revista *Taller*, fundada por Efraín Huerta, Rafael Solana y él mismo:

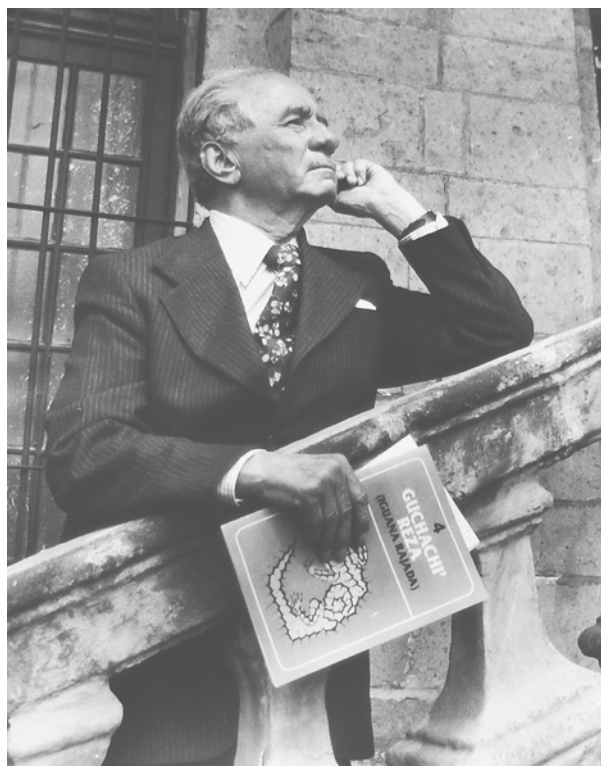
Le confié nuestro proyecto —dice Paz— y le pedí que nos diese una colaboración (...). Se me quedó viendo, sacó de una bolsa unas páginas y me las entregó diciéndome: *Lee esto*. Era un fragmento de una carta a una amiga norteamericana (Ruth Dworkin). Era también, para emplear la expresión de Reyes, un *arranque* de novela. Mi seducción fue instantánea. Le pedí que me diese esas páginas para el primer número, y al día siguiente se las entregué a Solana.

Se trataba de “Retrato de mi madre”, un breve relato donde Henestrosa logra evocar su paisaje nativo y substantivo, su mundo interior.

Un poeta amigo me ha hecho ver que en ese relato Henestrosa recuerda: “un día dije de las tehuanas y juchitecas que caminaban en verso, que su andar era la poesía del movimiento...”. No sería extraño, me dice el mismo amigo, que Octavio Paz hubiese tenido en mente esa frase que daría título a *Poesía en movimiento*, la célebre y controvertida antología colectiva.

Por esos años, Henestrosa hace amistad con muchos de los escritores refugiados republicanos que vienen a México. Es la otra Nueva España compuesta por José Bergamín, León Felipe, Pedro Garfias, Juan Rejano, Antonio Ross, José Herrera Petere, Francisco Giner de los Ríos, entre otros. Si en sus primeros años la influencia y el aliento del maestro hondureño Rafael Heliodoro Valle había sido decisiva, a fines de los años treinta, hace amigables lazos con el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, con el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez y con mexicanos como Renato Leduc y Juan de la Cabada, con quienes comparte el vidrioso fervor por las noches blancas de la vida bohemia y trasnochada. Otro círculo amigable es el de los pintores y artistas que Andrés frecuenta prácticamente desde que llega a México. Además de Manuel Rodríguez Lozano, trata familiarmente a Diego Rivera y a Frida Kahlo, pero sobre todo a Rosa y a Miguel Covarrubias, a quienes acompaña en sus viajes al Istmo de Tehuantepec a mediados de los años cuarenta. El libro *Mexico South. The Isthmus of the Tehuantepec* escrito e ilustrado por éste en 1946, se compuso en el aire movido por esos viajes.

Aunque no es historiador de profesión, el gusano de la memoria —y sobre todo de la memoria patria— pica y corroe a Henestrosa. Lee infatigablemente a



© Archivo de Chelès Henestrosa

Benito Juárez y en 1944 compone una antología intitulada *Flor y látigo*, armada con frases y aforismos entresacados de la prosa del Benemérito. Años después publicará por invitación de Antonio Carrillo Flores el libro *Los caminos de Juárez* (1970). Como Juárez mismo, Andrés Henestrosa es un indio orgulloso de serlo y un mestizo criado en el conocimiento de la gran literatura hispánica. Confluyen en su memoria, las memorias de varias ciudades: Juchitán, Oaxaca, México, Veracruz, Madrid, Nueva York, Nueva Orleans, La Habana —que visitará al final de su vida— entre otras.

VII

Tres momentos claves disciernen en la primera mitad de la vida de Andrés Henestrosa: el primero es la salida de Juchitán hacia México a fines de 1922, que significa el dejar ahí sola a su señora madre y gran amiga, Tina Man, quien es la primera en empujarlo a irse en busca de su destino. El segundo es la publicación en 1929 de *Los hombres que dispersó la danza*, el tercero, en 1940, la boda de Andrés Henestrosa con Alfa Ríos en Juchitán. Esta fiesta es una de las páginas más ricas en la vida de Andrés Henestrosa y en la de la literatura mexicana. La ceremonia fue objeto de varias crónicas que ensayan apresar el fasto entre lo arcaico y lo oriental, entre lo primitivo y lo refinado, como en un cuento de *Las mil y una noches*, que impregnó el ambiente. Agustín Yáñez en *Espejismo de Juchitán* y Luis Cardoza y Aragón, entre otros, han sabido evocar con generosidad

esa hora nupcial donde el sur mexicano cobra un aire de oriente, como dice Agustín Yáñez. En *El río. Novelas de caballería*⁵ el alto poeta guatemalteco recuerda así la ceremonia:

Al matrimonio de Andrés y Alfa Henestrosa fuimos invitados un grupo de amigos, entre ellos José Bergamín, Manuel Rodríguez Lozano. Nunca había estado en la zona de Tehuantepec. El calor abrumaba en el tren. Juchitán es un pueblo de los más característicos del Istmo de Tehuantepec, por fidelidad a sus costumbres y por su naturaleza.

Nos alojaron en varias casas. He olvidado quiénes fueron mis compañeros inmediatos, aparte de Antonio Vargas MacDonald y Raúl Ortiz Ávila. Dormíamos en un primer piso, abierta la ventana, en catres de lona, con una sábana de hilo. El aire refrescaba un poco en la noche, pero el viento metía arena y al desnudarnos barríamos los catres vueltos lija y luego, al amanecer, desde muy temprana hora, el sol encandecía la región. Me vendaba los ojos para poder dormir. Aún no principiaban las lluvias.

Los servicios sanitarios nos desesperaron. El calor exigía más la ducha. Pronto nos defendimos con la pequeña fábrica de hielo. Dos o tres veces al día acudíamos a bañarnos con manguera, y nos guardamos el secreto, como si guareciéramos el de la piedra filosofal.

La boda, celebrada de acuerdo con la tradición juchiteca, fue suntuosa, inolvidable; sólo faltaron sacrificios humanos. Hacia el mediodía, bajo una enramada, el juez leyó el acta que firmaron los novios, padrinos y testigos. Tehuanas, graves aun en su risa, con atuendos de telas de algodón o terciopelo rojo y marco amarillo en el huipil, majestuosamente emprendieron su danza lenta, con acompañantes que veíanse lastimosos y disminuidos.

El trópico, el sol en el cenit, retumbaba sobre las enramadas derramando lumbré. Sentíase la bárbara hermosura del fuego y del alcohol que deslizaba su perspicaz efecto emoliente. Ellas son caríatides con pulseras, collares y anillos de oro, que en la sandunga, con la cadencia de su quieta fatiga y el aplomo de su plenitud, en polvo tornaba el tartamudo ajeteo masculino. En un baile en el cual el varón corteja a la mujer, la ruega, la persigue, la asedia. Se

diría que toda ella es un gran sexo ardiente y danzante. La enagua acompasada que roza el suelo, con solemne pompa la ondea, inmóvil la cabecita, mientras regiamente le perdona la vida al zángano que usa de pedestal.

Alguna de pies desnudos danzaba arrogante sobre la tierra. Un cántaro se rompe y el agua en un segundo el sol la quema. Modeladas por la onda de la hamaca, voluminosas tehuanas paulatinas de rollizos brazos fundamentales y pletóricas de tetas, asignaban majestad matriarcal al festejo. Las adultas masivas son tan bellas como las jóvenes que largo tiempo reincidieron en el baile. Alguna canción, la luz estentórea, eran asimismo personajes del ámbito nupcial. Extrañas a los pensamientos que originaban, espesa sensualidad impartían con elegancia. El vestido de lucientes contrastes las exalta, como un estuche en donde descuella su potestad de mantis religiosa.

Diego Rivera las vio bien en algunas de sus telas y murales. Bailan o caminan enhiestas con la canasta que sobre la cabeza traen del mercado. Los pechos insolentes encrespan el corpiño. Los hombres, con sombreros de fieltro de las celebraciones o de palma por el sol que abraza, comprueban que aquí no es el macho el dueño del vistoso atavío. Ellos semejan que han de servirles de alfombra. Ellas reinan.

En el banquete, José Bergamín se sentó junto a mí. Su apuro fue gracioso cuando circuló un guiso de iguana. Tocó apresuradamente madera al descubrir la piel serpentina sobre el pedazo servido y con gangosa voz de caricatura me dijo: “Me han dado un monedero. Y tú, ¿qué recibiste?”. Cuando vio los armadillos guisados en su concha le recordé que en su armadura a más de un conquistador habían cocinado y para volverlos apetecibles por las rendijas del yelmo les habían vertido chile verde y hierbas aromáticas. Abusé de aquello que Bergamín apenas podía mirar. Se repuso con tortas de camarones y otros manjares sin relación con supersticiones gitanas o de taurófilo malagueño o sevillano.

En su pueblo, en el sopor del ámbito, es deleite la contemplación de un grupo de tehuanas, y para esbozarlo deseé un texto suave, como una mano acariciando un muslo. Aparte de acompañar al amigo en sus bodas, para los invitados fue memorable la gallardía de las mujeres. A una de esas diosas jóvenes la vi en México, vestida corrientemente. Lejos del fervor de su luz, el milagro se morigeraba en su exilio; en su paisaje, hubiese hecho delirar a los más virtuosos eremitas.

⁵ Luis Cardoza y Aragón, *El río. Novelas de caballería*, Fondo de Cultura Económica, colección Tierra Firme, segunda edición, México, 1996, pp. 568-570.

Como la hierba entre las lajas del camino, la palabra de Henestrosa ha sabido florecer entre las piedras del canto haciéndose eco a la par culto y popular.

Visité la iglesia principal y el mercado. En el mercado, al nomás entrar, nos recibe una bocanada de trópico. La pintoresca animación está llena de luz y de alegría. Maduras tehuanas piramidales y eléctricas muchachas de canela charlaban y se carcajaban en zapoteco. Las sentadas en el suelo como grandes piñas con las piernas cruzadas se abanicaban el fondillo con las enaguas.

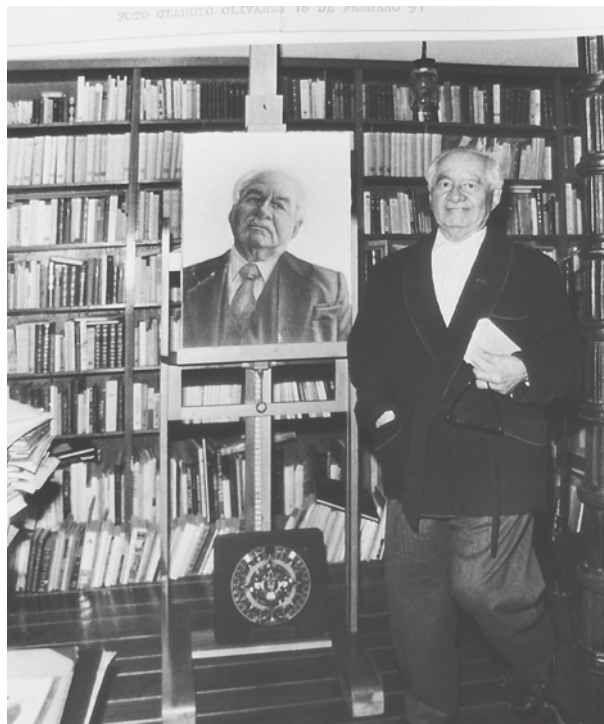
Escaso español se oía como exótica lengua extranjera. Olor sonoro y rojo y acordes de innumerables frutos y verduras. Más allá, las reses destazadas, los cerdos, los tepescuintles, los patos, las iguanas, las palomas, los armadillos, los conejos, los pavos, camarón y pescado y lagartos secos, los loros y los pericos gritones. Aguas frescas de frutas para la sed deliciosa. Afuera, un sol espeso, un sol inapelable, nos inundaba con su vino de oro.

Mi nostalgia me revuelca en Guatemala. Allá los mercados indígenas poseen aún más carácter. Chichicastenango nos saca del planeta. Yo estaba feliz, recordaba y olvidaba. Hermosos días, de los que guardo gratísima memoria.

El tercer momento culminante en la primera parte de la biografía intelectual de Andrés Henestrosa es el de su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua en 1964. El tema de su discurso es singular y sintomático: “Los hispanismos en el idioma zapoteco”, discurso que es un alarde de conocimiento profundo de los pliegues y repliegues de que está hecha la identidad cultural y lingüística mexicana. Al mismo tiempo, el discurso representa un adelanto del proyecto que en adelante desvelará a Henestrosa: la redacción de un vocabulario zapoteco-español / español-zapoteco que no se había hecho desde tiempos de la Colonia con fray Juan de Córdoba y que es la gran obra lexicográfica en la cual trabaja desde hace años este devorador infatigable.

VIII

Jubiloso juglar, alegre y dicharachero, grano de sal que fertiliza la tierra de la fiesta, el legendario y centenario Henestrosa ha escrito poemas, canciones y corridos. Si bien la mayoría de las antologías poéticas no han sabido incluir sus versos, la tradición popular no ha sido tan distraída y existen numerosas interpretaciones de sus poemas musicados como “La Martiniana”, “La Paulina”, “La Vicenta”, “La Ixhuateca”, “Las juchitecas: oro, coral y bambú”, “La Llorona” interpretados, entre otros, por Álvaro Guerra, el trío Montalbán, Tehua, Susana Harp, Georgina Meneses, Lila Downs son algunos de los intérpretes que espontáneamente han dado voz y música a la palabra lírica del escritor oaxaqueño. No es Henestrosa una excepción: en el país istmeño de donde él viene los sones tradicionales suelen ser pescados al vuelo en la red verbal del trovador



© Archivo de Andrés Henestrosa

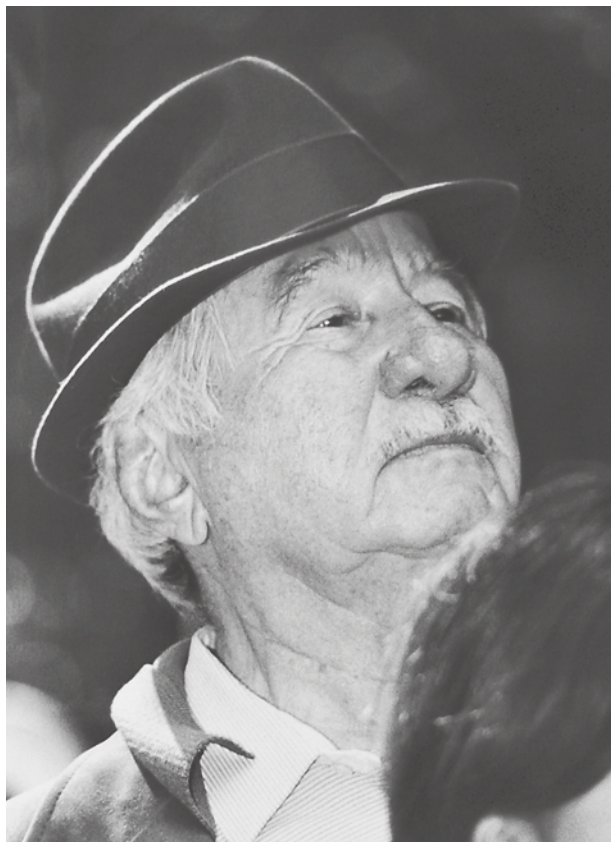
que sabe improvisar en el fuego manso de las fiestas. Como la hierba entre las lajas del camino, la palabra de Henestrosa ha sabido florecer entre las piedras del canto haciéndose eco a la par culto y popular; pero como querían los tres Machados —padre e hijos— al fin prístino y limpio.

IX

La labor de Andrés Henestrosa como periodista y cronista es notable y aun abrumadora. Ha escrito más de veinte mil artículos y ha sostenido columnas y secciones como “Alacena de minucias”, “Reloj literario”, “Divagar” en diarios como *Novedades*, *Excélsior*, *El Universal*, *El Día*, *El Popular*, *unomásuno*, entre otros medios.

Cuando se publique —escribe Mauricio Magdaleno, en el prólogo a *Cartas autobiográficas*— lo que Henestrosa ha escrito, habrá que darse tiempo —y mucho— para leerlo. Su producción en el periódico alcanza un área espacial que, cuando se ordene y publique, llenará muchos y fornidos volúmenes de indagación mexicana del siglo XIX, sobre todo por lo que toca a los hombres y a los sucesos de esta etapa en que el país forjó su muerte.

Esta labor de periodista está ligada a su tarea como editor y bibliófilo. No sólo ha dirigido y fundado revistas o colecciones como *Neza*, *Didza*, *Las letras patrias*, *Mar abierto*, *El libro y el pueblo*. Como editor ha hecho posible la serie de *Bibliófilos oaxaqueños*, la Colección Mar Abierto y los libros del Fondo Bruno Pagliai.



Estas tareas de erudición, bibliofilia e historia lo han llevado a ser uno de los escritores mexicanos que con mayor profundidad y conciencia conocen y dominan la memoria mexicana de la cual es portador y depositario. Es cierto que Andrés Henestrosa ha recibido numerosos reconocimientos, pero lo es más que las tareas de su curiosidad como escritor e historiador de nuestras letras —mexicanas, hispanoamericanas, zapotecas— que están por descubrirse y sistematizarse.

X

Gracias a su esposa Alfa Ríos —una hija del Istmo, nativa de Juchitán—, Henestrosa logra establecerse a partir de 1940 como un escritor asiduo de los periódicos, un profesor puntual de literatura mexicana e hispanoamericana y un conviviente generoso y genial que sabe animar con su humor, a veces blanco, a veces cruel, la vasta noche mexicana. Alfa sería compañera de aventuras y seguro de vida, punto de apoyo, señora de la casa poblada de libros innumerables, cuadros y ecos y huellas de amigos entrañables como Miguel Covarrubias y Pablo Neruda. El territorio de Alfa y Andrés se amplía y afirma cuando en 1941 viene al mundo Cibeles Henestrosa Ríos, la hija única de ambos, quien se ocupará del escritor una vez fallecida su madre.

Orador talentoso, dotado de una rara capacidad de improvisación y articulación, dueño de ingenio y de una

dicción nítida e impecable, en 1946 Andrés Henestrosa se afilia al PRI. Dirige el departamento de Literatura del INBA de 1952 a 1958. Es diputado federal de 1958 a 1961 y de 1964 a 1967. Hace su campaña política en Oaxaca y la mayoría de las veces se dirige a los indígenas en lengua zapoteca —la única que muchos entienden.

Cuando se afilia al PRI, al parecer un grupo de amigos le pide explicaciones al escritor que se asumía como progresista y, por así decir, de izquierdas. Recuérdese que Henestrosa dirigió en sus primeros tiempos el *Boletín cultural* editado por la Embajada Soviética en México. La carta dirigida a Griselda Álvarez —amiga de aquellos días en los cuales Juan Rejano dirigía el suplemento literario de *El Nacional*— sobre *Los cuatro abuelos* es algo más que una respuesta a esas exigencias. Representa un esfuerzo por pasar en limpio y lavar el cristal enterrado de la más profunda historia personal y, al buscar dar la cara, no puede menos que desdoblarse y escrutar en su propio destino en el semblante de sus cuatro abuelos. Cristina Pacheco le preguntó alguna vez a Henestrosa:

¿Tú nunca has sido perdedor?

Llegué a la política porque López Mateos me prometió hacerme gobernador de Oaxaca. Había estado en la oposición y de pronto, al aceptar esta oferta, me contradije. Fui el último vasconcelista que se rindió. Mi caso se puede legítimamente explicar porque no tenía techo, ni sopa, ni sábanas. Llegué a la política por una situación independiente de mis méritos.⁶

Si en 1929 formó parte del estado mayor vasconcelista, en estos años se integrará al grupo de intelectuales y políticos que llega al poder con Adolfo López Mateos. Es designado senador de la República entre 1982 y 1988. En el orden político a Henestrosa le hubiese gustado realmente ser gobernador de Oaxaca.

Así lo razonó ante Cristina Pacheco:

¿Te gustaría ser gobernador de Oaxaca?

Claro que sí. Ésa iba a ser una culminación en mi vida y en ella pondría mi resto. Creo que una buena administración pública vale más que la mejor novela. Y aquí se juntan, se enfrentan, las dos grandes repúblicas: la literaria y la política. Oaxaca ya no puede más. —*Me dice como si hablara de una mujer que es todas las mujeres y la principal protagonista en las historias de Henestrosa: Martina, su madre*—. Ya no puede más. Desde que fui diputado hasta ahora sus problemas se han agravado. Con los años el estado es más pobre, tiene más huérfanos; es

⁶ Cristina Pacheco, *Al pie de la letra*, Compilación y prólogo de Mauricio José Sanders Cortés, Fondo de Cultura Económica, Vida y pensamiento de México, primera edición, México, 2001, p. 130.

decir, más personas que carecen de pan, drenajes, salud, escuelas, caminos. Los últimos gobernadores, salvo excepciones contadas, han saqueado sus arcas. Con lo que cada uno de ellos se llevó se pudieron construir muchos kilómetros de veredas y caminos. En la campaña alfabetizadora, más importante que un libro es un kilómetro de camino; más valioso que un aula es un metro de drenaje porque allá, si tú les das el camino, los indígenas inmediatamente se vuelven bilingües. El problema de Oaxaca no es de alfabeto, sino de economía.

Y en Oaxaca, como en cualquier parte, en el fondo de todo está la corrupción.

La corrupción conduce al peor de los males; el escepticismo; y a que la gente le tenga miedo al gobierno, a que termine por considerarlo su peor enemigo. La magnitud de la gravedad nos la dio el abstencionismo que imperó en las últimas votaciones. El abstencionismo tiene dos consecuencias negativas: si el ciudadano no conoce a sus gobernantes no puede exigirles; si no los elige, ellos no se sienten apoyados ni obligados a cumplir.

¿El PRI te apoyaría para ser gobernador?

Para eso buscaría el apoyo del pueblo, que siempre está dispuesto a creer si le prometes que no lo robarás. Mira, es tal la necesidad de honestidad administrativa que no hay candidato que no la prometa.

¿Cómo sería tu campaña?

Puestos a soñar, soñemos que la nieve arde... Primero le diría a Oaxaca que se pusiera de pie, que volviera al camino; que su pobreza es sagrada: quienes lleguen hasta ella no irán a administrar su riqueza sino su pobreza. Advertiría que todo servidor público que actuara deshonestamente sería encarcelado y aun cuando devolviera lo robado se le prohibiría volver a tener cargos públicos. Oaxaca es una tierra maravillosa llena de ríos, de montañas. Dice una vieja canción que Oaxaca “da el oro y la espiga, el mármol y el laurel”. Oaxaca está formada por siete regiones. La mía es la del Istmo: música, danza, ceremonias. Allá hasta los entierros son alegres y el honor llega al punto de que un deudo se siente obligado a llamarle lo mejor posible al muerto.⁷

Esos puestos le permitirán establecer las condiciones para promover desde ella la llamada Escuela de Pintura de Oaxaca, movimiento informal que terminará teniendo resonancias políticas con la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI), organización política que abogará por la defensa de los indígenas y de su patrimonio.

⁷ Cristina Pacheco, *op. cit.*, pp. 132-133.

En 1992 recibe el Premio Internacional Alfonso Reyes; en 1993, la medalla Belisario Domínguez que le otorga el Senado de la República, y la Medalla al Mérito Benito Juárez, entre muchos premios, reconocimientos y galardones. En 2001 Andrés Henestrosa entrega a la ciudad de Oaxaca su vasta biblioteca —unos cuarenta mil volúmenes— con el apoyo del banquero Alfredo Harp Helú.

XI

A la edad de sus arterias, Andrés Henestrosa sigue incubando en la memoria y en la imaginación sorpresas y leyendas, tareas y proyectos. Fiel a su genio liberal, publicó en abril de 2006 una página sobre Benito Juárez que refrenda la raigambre de su ideario:

EL SIEMPRE INDIO, BENITO JUÁREZ⁸

Andrés Henestrosa

Benito Juárez nació indio y nunca dejó de serlo; se formó mestizo, y tampoco dejó de serlo. Era un auténtico americano. En el campo aprendió a pensar por sí solo, a penetrar más allá de la apariencia de las cosas, a esperar y a comprender la pluralidad laboriosa del mundo.

Sólo en una naturaleza recia y alerta, se van edificando en el infortunio ideas concretas y viables para remediarla. Y así, antes de aprender letras, supo de memoria la descarnada verdad de su país.

Sin duda de las manos religiosas de su tutor, el terciario Antonio Salanueva —de oficio encuadernador— salieron, bellamente empastadas, las obras de Voltaire, Rousseau, Montesquieu y D'Alembert, y acaso la producción de los grandes liberales norteamericanos como Franklin y Jefferson, los Adams y William Penn. Y no parece raro que en la modesta biblioteca personal del encuadernador, al lado de hagiografías y devocionarios, figuraran los clásicos eternos de Grecia y Roma. Es natural que el joven zapoteca leyera ávidamente todo este acervo de la sabiduría de los hombres libres de su época.

A pesar de que, durante todo el siglo XIX, cualidades fundamentales para ejercer la jefatura de los negocios públicos eran la florida oratoria y las galas de la pluma, este hombre sencillo, duro y esencial como una roca nativa, imponía con su personalidad, su voluntad y su pensamiento.

El hombre para él siempre fue objeto del más delicado y cortés tratamiento. Llamaba “señor” hasta a un enemigo,

⁸ En *Juárez a una tinta. El benemérito de las Américas visto por 12 artistas gráficos. 1806-2006*, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, primera edición, México, 2006, pp. 11-13.

A la edad de sus arterias, Andrés Henestrosa sigue incubando en la memoria y en la imaginación sorpresas y leyendas, tareas y proyectos.

y en lo personal, nunca se sintió ofendido por los ataques que se le hacían, en tanto un fueran mezcladas las dignidades públicas que desempeñaba con meticuloso señorío. Este tratamiento al individuo es otro signo de la permanencia de sus caracteres indios; porque para un indio, lo más sagrado y lo más secreto del mundo es el hombre.

El signo del pensamiento político de Juárez es el realismo. Se fijaba metas lejanas, pero no inexpugnables. Conocía demasiado su voluntad y el poder de las ideas que defendía, para dudar de que alguna vez pudieran hacerse efectivas.

Cuando habla de los enemigos de México, sabe quiénes son, dónde están y cómo hay que vencerlos. Sus savias indias le vedaban la inclinación a la duda: para él, creer era una función vegetativa, pudiera decirse.

La Reforma nunca persiguió la sujeción de una a otra clase, ni la imposición de una instalación a otra, sino la igualdad de todo ante la ley. Tan justamente se logró el

objetivo, que la Iglesia, el Ejército y todas las demás entidades que en el siglo XIX privaban con fueros sobre la ciudadanía, y muchas veces al amparo de las leyes deliberadamente acondicionadas a la injusticia, viven y actúan en nuestros días. Juárez y los hombres de la Reforma acometieron y realizaron tres objetivos que son piedras angulares en la transformación socioeconómica del país: la separación de la Iglesia y el Estado y la laicización de la enseñanza, la supresión del latifundio religioso, y el incremento de la conciencia ciudadana, que al democratizar las funciones del Estado y el ejercicio de los derechos cívicos, facilitó el acceso, cada vez mayor, del hombre de la calle a los cargos públicos.

Juárez, como encarnación máxima del movimiento reformista, no fue un revolucionario sino un restaurador, puesto que ni siquiera en el orden religioso dejó de pensar y de actuar como un fervoroso creyente.

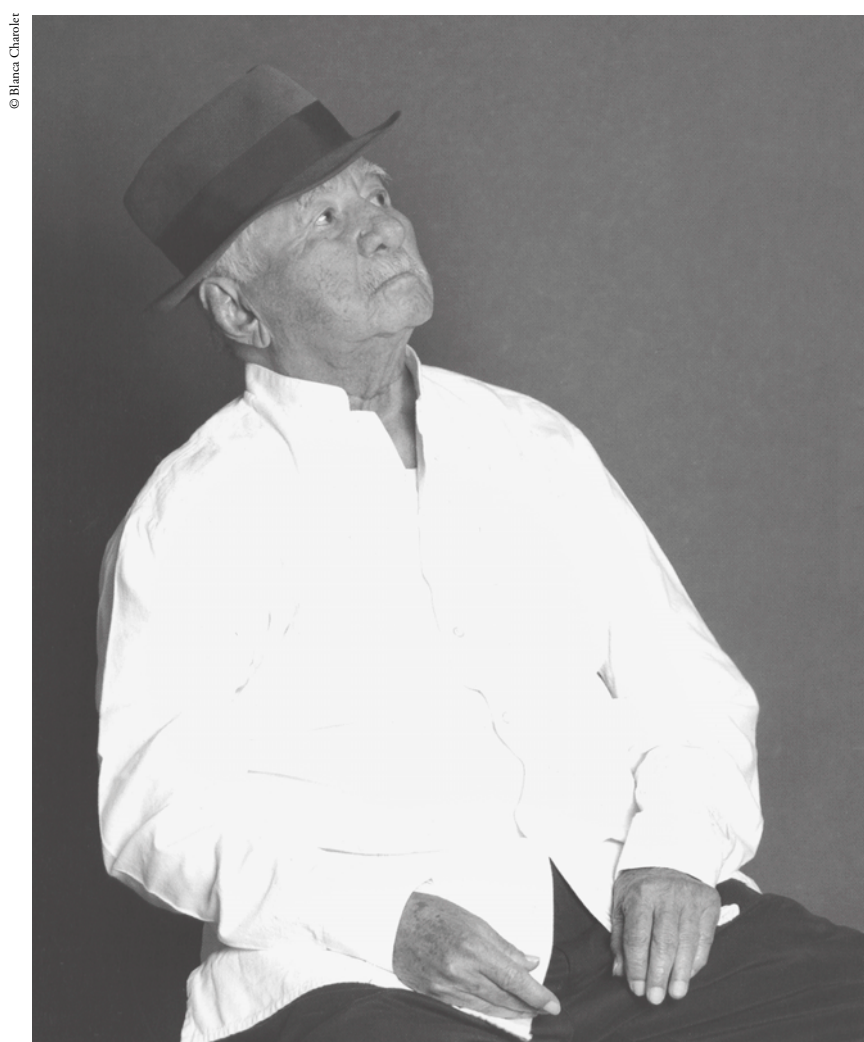
La sorda aversión a Juárez y a lo que él representa se ha disfrazado bajo muchas apariencias ideológicas, morales, jurídicas y hasta con implicaciones para la integridad del territorio. El ataque, como es natural, ha procedido de los grupos a quienes desposeyó de sus monopolios y privanzas. Con cierta astucia se ha hecho derivar la verdadera índole de esta campaña hacia el terreno religioso, so capa de que el liberalismo quiso destruir la religión católica.

En los momentos más aciagos de su vida de hombre y de luchador, Juárez siempre invocó a la Providencia. Su hondo sentido religioso era tanto una fe aprendida o heredada, como una convicción nacional, un acto de inteligencia.

Él, probablemente más que ningún otro paladín de las grandes gestas nacionales, contribuyó a extirpar del ánimo de los mexicanos el fatalismo que por siglos los redujo a la inferioridad y a la aceptación de todas las inequidades sociales, económicas y morales. En esto fue muy poco indio, porque para sus antepasados, los zapotecas, todos los infortunios, las miserias, y hasta la muerte eran producto de la arbitrariedad de las potencias sobrenaturales.

Sus rasgos de tezontle y su mirada segura e impasible son familiares a todos los pueblos al través de los monumentos erigidos en su honor. No hay hombre de pensamiento preocupado por las disciplinas del arte de gobernar y por las normas que consolidan la dignidad del hombre y el respeto al suelo donde vive que no retorne, con fecunda periodicidad, al legado ideológico de este maestro del civismo.

Sus verdades no tuvieron aplicación efímera porque responden a aspiraciones tan viejas como la existencia del hombre sobre la Tierra. **U**



© Blanca Chavolot